



Ana Longoni

Traiciones

La figura del traidor en los relatos
acerca de los sobrevivientes de la represión

Buenos Aires, Ed. Norma, 2007

Rodrigo González Tizón

Universidad de Buenos Aires

Buenos Aires - Argentina

¿Por qué, en los relatos sobre la represión, “mientras los desaparecidos son considerados mártires y héroes, los sobrevivientes son estigmatizados como traidores”? ¿De dónde surge el reflejo (casi) automático de la mirada suspicaz y la condena ética a su sobrevivida? ¿Cómo, siendo el sobreviviente la puerta de acceso a los campos de concentración, su testimonio se ve silenciado por el griterío acusador? A partir de estas preguntas, Ana Longoni inicia una investigación cuyo objetivo es desentrañar los motivos detrás del estigma –reproducido a nivel social– del sobreviviente como traidor. Éste es el origen de *Traiciones*, su libro, en el cual la autora se ubica en el campo de las producciones artísticas para examinar la contribución de un tipo específico de literatura –los relatos que combinan ficción y



testimonio– a la reproducción de la figura del sobreviviente como traidor.

El libro comienza con un análisis de los sobrevivientes como grupo, en el cual Longoni examina su articulación con el *afuera* que no formó parte de los campos. Lo primero que observa la autora es la baja *audibilidad social* de su relato más allá de las instancias preestablecidas para su enunciación– por excelencia, los juicios. Pero ni siquiera allí donde se la requiere puede moverse libre la palabra del sobreviviente, siguiendo los deseos de su enunciadador, sino que está condenada a repetir una y otra vez el mismo contenido, estructurado de antemano por las urgencias y protocolos del proceso judicial: lugar de secuestro, ubicación de los centros clandestinos, apodos de los torturadores, vejaciones sufridas.

¿Qué es eso que no se puede oír de los sobrevivientes, aquello que condena su discurso al aislamiento y la repetición estereotipada?, se pregunta Longoni, y plantea varias hipótesis al respecto. La primera apunta al mensaje mismo de los sobrevivientes: su relato es sinónimo de muerte, fracaso, dolor. Ellos son los *muertos reaparecidos*, los que regresaron del infierno. Pero son también, y sobre todo, los portavoces de una verdad terrible, “que la inmensa mayoría de los desaparecidos fue sistemáticamente asesinada”. Otra hipótesis tiene que ver con el mito del desaparecido como



mártir-héroe, construcción elaborada como alternativa a la imagen de la víctima inocente del primer período democrático. El sobreviviente, cargado con las contradicciones propias de su permanencia en la *zona gris* del universo concentracionario, no cuaja en los márgenes de la figura heroica, que no admite matices ni fisuras. En el marco de la lógica binaria imperante en las interpretaciones sobre el Terrorismo de Estado, si los que desaparecieron son los héroes, el resto –los sobrevivientes–, son lo contrario, es decir, traidores. Tan grande es la condena que incluso llega a veces a opacar su condición de víctimas.

La última de las hipótesis propuestas es sin dudas el elemento más novedoso de Longoni, su aporte al debate sobre los sobrevivientes: “la construcción de la figura del traidor como la explicación de un fracaso”. Según esta idea, amplios sectores de la militancia de esos años habrían recurrido a las acusaciones de traición y delación como recurso para evitar la autocrítica, cargando las culpas en factores exteriores a las organizaciones revolucionarias. En este sentido, la construcción de la figura del sobreviviente-traidor serviría para velar las responsabilidades dentro del campo militante.

Con esta hipótesis en mano, Longoni aborda el estudio de tres obras que utilizan como base para su relato los testimonios de protagonistas de aquella época: *Los compañeros*, de Rolo Diez; *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso; y *El fin de la historia*, de



Liliana Heker. A partir de su análisis pretende dar cuenta de la contribución que tuvo cierta literatura a la visión del sobreviviente como traidor al reproducir ciertas figuras y axiomas propios del código ético militante de ese entonces.

Las tres obras elegidas, más allá de sus diferencias, comparten un aspecto que justifica su estudio conjunto: se paran en una posición ambigua respecto a su género de pertenencia, proponiendo a los lectores un pacto de lectura no del todo claro, que hace equilibrio entre la memoria y la ficción. Éste es el tema del segundo capítulo, "Entre la ficción y el testimonio": las obras seleccionadas se presentan a sí mismas como novelas pero sus paratextos rebosan de referencias que buscan convencer al lector de la verosimilitud de los hechos y personajes retratados, lo que da como resultado "un *estatuto de lectura ambiguo*, instalado a medio camino entre la ficción y el testimonio". Estos textos, además, sitúan al autor en el rol de *mediador* del testimonio, convirtiéndolo así en voz autorizada para su recorte, fragmentación, organización y jerarquización. Sólo después de este proceso el testimonio es presentado a los lectores, a quienes les llega una versión *intervenida* por las ideas y preconceptos del autor, que es a fin de cuentas quien orienta la lectura y califica al testimoniante.



El tercer capítulo, “El estigma de la traición”, analiza las modalidades en que la mencionada asociación entre sobreviviente y traición se hace presente en las tres obras seleccionadas. En las novelas de Bonasso y Heker, Longoni observa una suspensión de la condición de víctima de los secuestrados, lo que conlleva la condena en abstracto de su actuación durante el cautiverio. Para refutar este procedimiento, la autora convoca la pluma de los sobrevivientes: Pilar Calveiro y Primo Levi, entre otros, resaltan una y otra vez la inobjetable condición de víctimas de los secuestrados y la asimetría del vínculo con los secuestradores. A partir de estos aportes, Longoni elabora una propuesta que apunta a suspender el (pre)juicio moral que recae sobre los sobrevivientes en lugar del contexto de su detención, en lo que constituye un primer paso para romper el axioma monolítico por el cual el sobreviviente que no traiciona es el que muere con la boca sellada. En ese sentido, llama a ver las estrategias empleadas por el grupo –por ejemplo, la simulación de colaboración– no como traición efectiva sino como su contrario, como resistencia al dispositivo concentracionario, quizás la única posible en las condiciones de total indefensión impuestas por los campos.

El caso más extremo, que expresa el sentido más profundo de la *zona gris*, es el de las detenidas que entablaron relaciones amorosas o sexuales con sus secuestradores. Ante esta circunstancia el estigma

de la traición se agrava con otro condimento, una nueva impugnación moral por la cual las 'traidoras' se deslizan a la categoría de putas". Esto aparece en las tres novelas, sobre todo en las de Bonasso y Heker, donde la condena a las detenidas es absoluta. El sometimiento sexual, analiza la autora, ha sido históricamente la forma suprema de humillación utilizada en las guerras, una manera cruel de establecer la línea entre vencedores y vencidos: "la doble condición superpuesta de putas y traidoras para abominar mujeres sobrevivientes se origina en que en sus cuerpos entregados al enemigo se inscribe de una manera irreparable la magnitud de esa derrota".

El "*mandato sacrificial*", el deber de dar la vida por la causa aún con la derrota consumada, es el último tema abordado. Aquí la autora retoma algunos viejos prejuicios de la crítica a la militancia setentista, reproducidos recientemente por Hugo Vezzetti, que asocian el imaginario de las organizaciones armadas a concepciones mesiánicas, en las que la vida se desprecia y se rinde culto a la muerte. Los militantes, imbuidos de estas ideas, adoptan entonces una "posición sacrificial frente a la muerte". Se alimenta así una mitología por la cual la concepción de la muerte individual como instancia definitiva, como punto final en la vida del ser humano, pasa a ocupar un segundo plano: "el sacrificio carga a la muerte de una dimensión mística que las miserias de la vida terrena no tiene", dice Longoni.



Dentro de esta construcción simbólica, toda acción realizada con vistas a resguardar la vida propia es sinónimo de cobardía, atentado contra la causa colectiva. Por eso los que sobrevivieron son culpables y *traidores*.

Ante esa mirada monolítica y enjuiciadora, Longoni propone otra visión de los sobrevivientes. Con el derrumbe de las certezas y los mandatos revolucionarios al traspasar el umbral del campo de concentración, donde la evidencia de la derrota es ineludible y el morir por la revolución pierde su sentido totalizador previo, son otros elementos, menos racionales, los que sostienen día a día a los detenidos. Se abre entonces el mundo de los afectos cercanos y de los lazos familiares como motor para mantenerse con vida dentro del infierno de los campos. Es un *vivir sin gloria*, como lo llama la autora, que desde la vereda opuesta de los códigos éticos de la militancia ayuda a la reconstrucción de la subjetividad arrasada por el terror concentracionario: "lo que unió a los sobrevivientes no fue la traición, la delación o la conversión. Lo que compartieron fue, mejor, la resistencia a la muerte, al terror, a la locura y a la devastación".

El libro cierra con un llamado a un acercamiento más "autocrítico" al sobreviviente, que en lugar de expulsarlo del nosotros por medio del estigma de la traición intente comprenderlo con todas sus contradicciones. Este abordaje implica una travesía por zonas poco



agradables, hacia conclusiones menos tranquilizadoras que las acostumbradas por las buenas conciencias. Comprender exige primero salirse de la coraza protectora y encarar “la posibilidad de reconocer cuánto del otro hay en uno mismo, nuestra zona gris”. En ese proceso, las imágenes monolíticas del héroe y del traidor, como viejas esculturas de cerámica gastada, comienzan a resquebrajarse hasta finalmente estallar en pedazos. Un nuevo paradigma, más amplio y con lugar para matices y contradicciones, reemplaza entonces a la perimida visión binaria: la responsabilidad, entonces, deja de ubicarse en un punto específico y asume la forma de una red, en la que todos los elementos se encuentran involucrados. Sólo en ese momento podremos escuchar lo que los sobrevivientes tienen para decir y aportar sobre aquellos años en que nuestro país se vistió de luto por los crímenes cometidos desde el Estado. Pero para eso hace falta primero terminar con el estigma de la traición que lleva décadas acompañándolos como grupo. *Traiciones*, sin duda, apunta en ese camino.

© **Rodrigo González Tizón**